Ladrón

Ían Lobato

Me considero un gran ladrón a pesar de que no me interesa el dinero, poseo lo que no me gusta, los bienes materiales. No busco forzar mi mal gusto.

Me robo las miradas que ahondan en el alma, y la risa que viene después del darse cuenta. Me robé la esperanza del que esperaba ver la cuenca de los ojos de alguien a quien amaste. Soy quien tiene el iris, el que se los pone de anillos. No devuelvo las pupilas, prefiero colgarlas en los lóbulos de mis orejas.

Soy un ladrón de recuerdos, soy una bestia movida por el frío, similar al yeti o al esquimal. Soy una subespecie del coleccionista. Uso como collares los dientes de quienes plantaron sus labios en labios que no debieron de ser plantados; de quienes expidieron una mordida sobre la carne caliente de un amigo. Esas marcas que quedan sobre la piel fungen como tatuajes que abrazan la sobriedad después de probar las gotas del alcohol.

Yo no robé los cigarros de aquel fumador, me robé sus pulmones; tampoco la botella al borracho, sino su riñón. Soy el aire que aflige al ahorcado. Soy la hilacha de la vela dentro de los panteones, cuestión de tiempo. Soy un derrumbe, cuestión de tiempo.

Soy como la lluvia, cuestión de tiempo.

Siento el escalofrío del miedo desde el bulbo raquídeo. Hago que todos lo sientan conmigo. Me robé todos los besos de todas las parejas en todas las paradas de autobús. Me robé cada caricia tímida para guardarla en mis pestañas. Me robé la frente de los niños quienes sus madres besaban. Así como sus manos. Así como su pelo. Me robé la sonrisa del sol en verano y el copo de nieve del infierno. Soy el marco que delimita las fotos familiares. Yo fui quien robó el perro de esa niña de 8 años. El perro que jugaba a revolcarse y ensuciarse al ver tierra. No lo robé cuando murió, lo robé cuando dejó de importar.

Robé la escancia de cada fiesta para rellenar mis botellas. El corcho de cada año nuevo. Cada regalo de navidad. Cada flor en san Valentín, cada broma en el día de los inocentes. Soy la bala que le dispararon a cada desaparecido, soy el sueño húmedo de cualquier abusivo, perpetrador, altanero, descarado. Soy quien escondió la inspiración a esos poetas, cantantes y libreros. Soy todas las palabras hechas por las mujeres y hombres que han pisado esta tierra. Soy el árbol del que se hicieron sus páginas. El cuero de la cartera. El diente de león. Tengo en mis macetas cada lengua muerta que no logró ser escrita. Tengo las cartas de suicidio de los infelices, de los coléricos y de los amantes. Soy el mayor miedo de los vivos. Soy movimiento perpetuo. Hago que las dudas vuelvan a repartirse.

Tengo miles de máscaras. Tengo la liturgia de los niños en eucaristía que ya crecieron. Tengo las llaves de puertas que ahora jamás se abrirán. Tengo el nombre de cada niño que sigue siendo uno.

Tengo miles de máscaras.

Tengo la luz

La sombra

El hambre

El sueño

El dolor

La alegría

El miedo

El fracaso

La palabra

El rencor

El odio

El amor

Tengo a Dios

A la tierra

A los libros

A las notas

La pintura

El arte

Los nombres

Apellidos

Casas

Calles

Avenidas

Pueblos

Ciudades

Ojos

Bocas

Manos

Lenguas

Carne

Dientes

Vivos

Muertos

Asesinados

Desaparecidos

Dedos

Caras

Infancias

Razones

Colores

Olores

Sabores

Momentos

Al tiempo

A la risa

Las lágrimas

Berrinches

Desastres

Peleas

Acuerdos

Arreglos

Teorías

Poemas

Cuentos

Relatos

Enseñanzas

Metáforas

Motivos

Metas

Sueños

Planes

Canciones

Discursos

Lenguajes

Idiomas

A los perros

Los gatos

Las cajas

Recetas

Promesas

La Historia

A la niña

A los hombres

Las madres

Animales

Ademanes

Cafeterías

Restaurantes

Consejos

Miradores

Enfermedades

Corazones

Lastres

Hogares

Caricias

Reposo

Alivio

Miradas

A los tontos

A los machos

A los pobres

A los ricos

A los hombres

Las mujeres

A los amigos

A los parientes

Lo que importaba.

Soy una bestia movida por el frio. En movimiento perpetuo. Contiguo con todo y de la mano que me extienden sin pedírselo. Soy un fantástico ladrón; me llaman Olvido.